

Muhammad al-Muwaylihi

LO QUE NOS CONTÓ ISA IBN HISHAM

حديث عيسى بن هشام

Obra también conocida como

Un período de tiempo

Andanzas de un pachá resucitado por

El Cairo de finales del siglo XIX

“Solía el Profeta, sobre él sean la oración y la paz, chancear, pero no decía sino verdades.”

“كان النبي عليه الصلاة والسلام
يمزج ولا يقول إلا الحق”

Prólogo, traducción del árabe y notas de

Jaime Sánchez Ratia

ÍNDICE

Prólogo

- i. El autor
- ii. La obra
- iii. La presente edición

Bibliografía y fuentes

[Primer viaje]

Dedicatoria

1. Un paseo aleccionador
2. La policía y la guardia
3. La Fiscalía
4. El abogado del Tribunal Autóctono
5. El Tribunal Autóctono
6. La Comisión de Supervisión
7. El Tribunal de Apelación
8. El legado
9. Hijos de notables
10. Prohombres del pasado
11. El abogado del Tribunal Islámico
12. El Registro del Tribunal Islámico
13. El Tribunal Islámico
14. La mansión del nieto del *Basha*
15. Medicina y doctores
16. La peste
17. La epidemia
18. Un retiro dedicado a la ciencia y la literatura
19. Los doctores del islam
20. Notables y mercaderes
21. Altos funcionarios
22. Príncipes e hijos de príncipes
23. La boda
24. El alcalde en su jardín
25. El alcalde en buena sociedad

26. El alcalde en el restaurante
27. El alcalde en la taberna
28. El alcalde y el salón de baile
29. El alcalde y los prestamistas
30. El alcalde en las Pirámides
31. El palacio de Gizah y el Museo
32. El alcalde en el teatro
33. La civilización occidental

[Segundo viaje]

1. París
2. La Exposición
3. El *Grand Palais*
4. Árboles y flores
5. Atracciones y espectáculos
6. La difamación de la patria
7. El pan de la civilización
8. La octava maravilla
9. De Occidente a Oriente

Prólogo

i. El autor

Si uno teclea en Google el nombre Muhammad al-Muwaylihi en árabe, y luego clikea en la pestaña *imágenes*, entre las muchas y variopintas que surgen en la pantalla, la descolorida grisalla que figura en la contracubierta de este volumen que el lector tiene entre sus manos es la única fotografía fidedigna que parece haber llegado a nosotros del autor de esta obra inclasificable. En esa imagen, que por su abierta trama de grises parece proceder de un vetusto periódico, se distingue a un señor en la treintena, con amplio bigote, tocado de fez y de semblante serio, ataviado a la turca, con esa prenda, mitad levita, mitad caftán, provista de un peto de gala, abotonada en hilo de oro hasta el cuello, que fuera el uniforme masculino de rigor entre las clases ecuestres de casi todos los rincones del Imperio Otomano. Pero miento. Hay otra más, también con visos de verosimilitud, agazapada en una página de la editorial/fundación egipcia Al-Hindawi, que tiene en su haber la última, que yo sepa, edición árabe del libro que nos ocupa¹. En ella se ve a un señor quizás sesentón y muy cambiado, envejecido, de aspecto mucho más árabe ya que otomano, que viste un traje completo, a la occidental, de cuyo cuello de camisa, mal abrochada y algo revenida, asoma una corbata desastrada. El hombre, cuyo bigote ha desaparecido, luce unas gruesas gafas de pasta cuadradas, y su mueca algo hierática es ahora una sonrisa apagada, más burlona que altanera, cargada de inteligencia. Presumo que, de ser foto auténtica, debe corresponder a los últimos años de vida del autor, que pasó encerrado en su casa de Helwan, en los extrarradios de El Cairo, dedicado al cultivo de su amor propio y también, como el misántropo Alceste, a *nourrir pour la nature humaine... une immortelle haine*². Entre ambas fotos media todo un mundo, el de dos universos separados por una sublime puerta que en la segunda foto se había cerrado para siempre, y en cuyo exacto gozne debe situarse este artefacto narrativo (por llamarlo de alguna forma) que hoy se presenta traducida al castellano por vez primera.

Muhammad ibn Ibrahim al-Muwaylihi, o El-Mouelhy, tal como transcriben hoy su apellido quienes todavía lo llevan, era hijo de un famoso periodista y hombre de letras egipcio, Ibrahim al-Muwaylihi, que fue además político, diplomático, conspirador y aspirante a estadista, protegido por el Jedive Ismail —el nieto de Muhammad Ali—, asesor del Jedive Abbas Hilmi más tarde, fundador junto con Arif Pachá de la célebre imprenta Al-Maaref e impulsor de la prensa egipcia en las postrimerías del siglo XIX; y también, por supuesto, amigo y colaborador de su hijo, nuestro autor, que lo siguió en sus múltiples viajes, colaborando ambos en el lanzamiento y redacción del diario *Misbah al-Sharq (El Farol de Oriente)*, considerado el mejor de la multitud de ellos surgidos cual champiñones durante la revolución de la prensa egipcia, nacida de los rescoldos de la *nahda* y capitaneada por libaneses exiliados y egipcios como los Muwaylihi. Esta saga procedía de una hacendada estirpe de fabricantes y comerciantes de seda originarios de Al-Muwaylh, en la costa occidental de Arabia Saudí, de donde salieron en la segunda mitad del siglo

¹ Disponible en internet (<http://www.hindawi.org/books/63950852/>). La edición carece de los capítulos 19 y 22, como el resto de las publicadas en forma de libro a partir de la cuarta.

² “Si a tus congéneres, los hombres humanos, les ofreces la paz, te hacen la guerra, y si les declaras una tregua, te atacan. Los tratas como amigos y se declaran tus acérrimos enemigos; les das tu confianza y la traicionan. Cuando los frecuentas y menudeas, no sales librado de una agresión; si les dispensas un trato campechano, te expones a salir rociado de calumnias, y cuando les pides algo que te pertenece por derecho, es como si pregonases a los sordos...” (Véase, cap. 18, segundo párrafo) (*Lo que nos contó...*, *op. cit.*, cap. 18).

XVIII para asentarse en Egipto y fundar una respetada casa de sedas que llegó a ser proveedora oficial para la fabricación de la Kiswa, esa rica cobertura de la Kaaba que cada año salía de El Cairo en dirección a La Meca a lomos de una interminable reata de camellos con palanquín.

Muhammad había nacido en El Cairo el 30 de marzo de 1858 (o, según algunos investigadores, de 1868³), bajo el valiazgo de Said Pachá, el hijo de Muhammad Ali, que había fallecido nueve años antes. Nuestro autor recibió su educación en la célebre escuela amparada por la familia jedival, la Madrasa Al-Joronfish (hoy conocida como Escuela de Saint Joseph), ubicada en el barrio cairota que lleva ese nombre y fundada en 1854 por padres jesuitas venidos de Alejandría, en la que adquirió el conocimiento de la lengua francesa, y a la que acudía de forma no muy regular, debido a su poca afición por las multitudes y a su salud algo quebradiza. Al cumplir los 15 años, su padre decidió retirarlo de la escuela y le asignó profesores particulares, que acudían a la casa familiar para mejorar su francés y perfeccionar su conocimiento, ya de por sí notable, de la literatura árabe. Este tipo de educación privada era frecuente entre las clases adineradas, y los Muwaylihi lo eran, y mucho, al menos hasta que en 1872, perdieron, especulando en la recién abierta Bolsa de Alejandría, la entonces astronómica suma de 80.000 libras egipcias (piénsese que un sueldo de 40 libras mensuales, como el que adjudicó el Jedive Ismail al padre al saber de su hecatombe financiera, era por esas fechas toda una canonjía). Esa educación domiciliaria sería un factor que contribuiría a asentar su carácter huraño que, sumado a su punta de misoginia y sus ideas algo pacatas sobre el amor y el sexo, haría de él un apacible solterón con el paso de los años. En el domicilio paterno tuvo oportunidad, desde muy joven, de asistir a las veladas y tertulias animadas por su padre y frecuentadas por la crema de la intelectualidad egipcia y árabe, entre ellos Yamal al-Din al-Afgani, Muhammad Abduh, Abdallah Nadim, Mahmud Sami al-Barudi, Rashid Reda, Hasan Musa al-Aqqad y otras celebridades que constituirían el núcleo duro del primer movimiento reformista egipcio. Posteriormente, cursó estudios superiores en la milenaria Universidad de Al-Azhar, en la que destacó inmediatamente por su dominio extraordinario de la lengua árabe y su afición por la poesía clásica, que desarrollaría durante su posterior estancia en Estambul, cuando tuvo ocasión de recopiar para sí manuscritos de obras que por entonces permanecían todavía inéditas, como la célebre *Epístola del perdón*, de Abu al-Ala (que editaría junto con su padre, quien llegó a decir de su hijo que era “un engastador de perlas”⁴), ese viaje a los infiernos en el que Asín Palacios creyó ver un precedente y una influencia de la *Divina Comedia*. Abd al-Aziz al-Bishri, el escritor y lingüista que fuera secretario de la Academia de la Lengua Árabe de El Cairo y que lo trató ampliamente, afirmó, haciendo balance de su primer encuentro con él, tener ante sí a “un hombre de color trigueño, ni alto ni bajo, entre flaco y gordo, de rostro alargado y de frente amplia, de ojos acerados y nariz recta, dotado de una boca que casi es un orificio, sin por ello ser fea ni desagradable. Cuando está de pie, observarás en sus piernas un ligero arqueamiento, producto quizás de haber empezado a andar antes de que sus huesos estuvieran totalmente soldados. Cuando habla, tiene una voz que no diría áspera, sino por el contrario elocuente y generosa. Si se apresta a leer, entorna su ojo izquierdo, y aparece entonces una arruga profunda entre la mejilla alta y la parte baja de la frente. Es una arruga que sin duda se debe al paso de los años, si bien esconde en Al-Muwaylihi una enorme preocupación por su salud, que le ha

³ Sobre su fecha de nacimiento hay toda una serie de hipótesis, ninguna de ellas suficientemente convincente. Si fuera cierto que nació en 1858, y si consideramos que su padre había nacido en 1843, a decir de la profesora Djaballah Boulahbel en su exhaustiva monografía sobre el autor y su época, eso convertiría a ambos en poco menos que hermanos, pues se llevarían tan sólo 15 años, una diferencia de edad inverosímil en un padre de cierto estatus social, incluso para la época. Si se admite, en cambio, que nació en 1868, y se considera que en 1882 trabajaba ya en el Ministerio de Justicia, eso lo convertiría a su vez, como afirma Roger Allen, en “a very precocious fourteen year old [civil servant]...” (*A period of time*, Ithaca Press, Reading, 1992, pág. 1, n. 3). Se trata de un misterio irresoluble, pero que muriese con 72 años (es decir, que hubiera nacido en 1858) y no con 62 parece más plausible, a juzgar por la fotografía aludida.

⁴ *Apud* Saadeddine Bencheneb, *Études de Littérature Arabe Moderne*, II (suite) vol. 84, págs. 77-92.

costado algunas curas corporales y esporádicas dietas. Es hombre flemático, al que no afecta crisis alguna, y a quien no verás en consejo alguno ni frecuentando casas de solaz. No hay placer mundano que le tire, y de esa guisa consiguió vivir con un vigor juvenil hasta su misma muerte”⁵.

Quienes conocieron a Muhammad al-Muwaylihi son unánimes al afirmar que tenía un problema más o menos serio de dicción. El profesor Al-Aqqad, que trabajó con él en la Dirección de Habices en la época en que el autor fue director de esa institución, afirmó de él que “cuando abría la boca, crecía en ti la convicción de que era la criatura de Dios más alejada de la escritura literaria, y especialmente de la sutileza humorística, porque se trabucaba con las palabras, ya que era afecto de una tartamudez que lo trababa hasta el punto de obligarle a poner fin a su parlamento, apareciendo entonces sobre su rostro signos de fastidio por la conversación o un deseo de silencio, que no eran sino reflejo de la vergüenza por esos tropiezos fonatorios que le acometían en ocasiones”⁶. Según el escritor inglés Somerset Maugham, que trató a nuestro autor en Londres — y que conocía en sus propias carnes la timidez, porque era muy bajito y también algo tartaja—, el autor era extremadamente tímido, y ello le venía también de su tartamudez incontrolable (o al revés, que vaya usted a saber). Afortunadamente, ese defecto no le impedía ser un escritor brillante, ni dominar todos los palos de la escritura en árabe clásico, entre ellas la prosa poética (en la que las frases aparecen rimadas, normalmente por pares, formando al leerse un pegajoso y rítmico soniquete), la poesía y las formas dialogadas, herederas de la *maqama*.

El año 1882 marca un antes y un después en la vida de Muhammad al-Muwaylihi. Egipto, que viene languideciendo lentamente desde la muerte de Muhammad Ali, está sumido en la crisis política y el descontento desde los fastos de la inauguración del Canal de Suez, que en la práctica ha supuesto una cuasi colonización del país por Francia e Inglaterra, ambas en pugna por el control de la ruta a la India, la verdadera manzana de la discordia en la rebatiña entre las potencias europeas. Ingleses y franceses se reparten la gestión efectiva del país, en tanto que el Valí o Virrey (título que sería sustituido en 1868 por el de Jedive) sigue siendo nominalmente el representante de la Sublime Puerta en la tierra de los faraones, y poco más. Los primeros se ocupan del control del orden, tanto social y público como político; los segundos de la administración de la justicia y de la diplomacia, la educación y la cultura. Precisamente en 1882, tras una serie de disturbios que surgen en diferentes puntos del país, un oficial del ejército, Ahmed Orabi Pachá, de ideología marcadamente nacionalista, encabeza una revuelta que se cobra numerosas vidas, sobre todo en Alejandría, y que es reprimida con violencia por las autoridades. Es el inicio de la colonización oficial del país por Inglaterra, un país que mantendría tropas sobre territorio egipcio hasta cuatro años después de la expulsión del Rey Faruq, es decir, hasta 1956, pese a que el protectorado había finalizado oficialmente en 1922.

El padre del autor, desde su exilio en Italia, a donde había acudido acompañando al Jedive Ismail tras su deposición, envió entonces a su hijo, con dudoso sentido de la oportunidad, un escrito de apoyo a los nacionalistas revoltosos. El panfleto se titulaba “El Paraíso bajo las sombras de las espadas”. Al parecer, Muhammad hizo copias del documento y lo distribuyó entre sus conocidos y colegas del Ministerio. Detenido al instante, fue juzgado sumariamente y condenado a muerte, pero gracias a la intercesión de Butros Ghali Pachá —el abuelo de quien mucho más tarde sería Secretario General de las Naciones Unidas—, el Jedive Tawfiq conmutó su sentencia por otra de destierro, alegando su valedor, según R. Allen, que Muhammad había sido incitado por su padre, que su tío Abdelsalam, que era quien ejercía su tutela mientras duró el exilio de su

⁵ Retomado del prólogo a la edición alejandrina de la obra (Muḥammad al-Muwayliḥī wa Ḥadīṭ Ḥisām Ibn Ḥiṣām, edición no referenciada de esta obra; págs. *alif* a *kāf*, página *waw*). Véase explicación en la bibliografía.

⁶ *Ibid.*, pág. *waw*.

padre Ibrahim, estaba de viaje en Arabia y que el condenado no podía ser considerado, en razón de su poca edad, persona que fuese a suponer una amenaza política para el Jédive⁷. Esa condena a muerte sería también un trauma que arrastraría toda su vida.

Tras ser puesto en libertad, Muhammad viajó a Italia, en donde se reunió con su padre. Allí aprovechó para aprender latín e italiano, y continuó sus estudios de francés. Al poco, en 1884, Ibrahim al-Muwaylihi fue enviado por el Jédive depuesto a París, y Muhammad lo siguió. En la capital francesa, ambos colaboraron en la edición del *Al-Ittihad* (La Unión), el semanario fundado por su padre en esa ciudad, y participaron, junto con Yamal al-Din al-Afgani y Muhammad Abduh, en el lanzamiento del que habría de ser el buque insignia de la prensa reformista y que tendría una vasta influencia en todo el mundo árabe en las postrimerías del siglo XIX: *Al-Urwa al-wuzqa* (“El más firme vínculo”, expresión procedente de una conocida aleya coránica), un diario que promovería el panislamismo y el panarabismo, y difundiría las ideas de ambos reformadores y de otros muchos intelectuales árabes.

Durante esta etapa, Muhammad al-Muwaylihi se familiarizó con la literatura francesa y se relacionó con algunos literatos de la época, como Alejandro Dumas hijo, o leyó obras que serán una influencia decisiva para él cuando acometa la escritura de *Lo que nos contó Isa ibn Hisham*, especialmente las de Edmond About, un escritor muy *à la page* entonces en Francia y hoy poco menos que olvidado, que había viajado por Egipto y que escribió una narración, *Le fellah* (1869), mezcla de libro de viajes y de obra dialogada de orientación pedagógica en torno al futuro de Egipto y a sus dilemas como nación, y *L’homme à l’oreille cassée*, la historia de un militar napoleónico, el coronel Fougas, que resucita de entre los muertos 40 años después ser hibernado y se ve enfrentado a un mundo que no reconoce, una obra que bien pudo influir poderosamente —como sostuvo Saadeddin Bencheneb en sus artículos *seminales* sobre nuestro autor⁸—, en Al-Muwaylihi, y que quizás tiene también su pequeña deuda con la inmortal novela corta de Balzac, *Le Colonel Chabert*, publicada en 1844 y llevada al cine en múltiples ocasiones, la última de ellas magistralmente, en 1994, por Yves Angelo.

Una crítica del Sultán otomano aparecida en un número de *Al-Ittihad* provocó la protesta de la Sublime Puerta y la expulsión del padre del autor de Francia, (hecho que mereció una nota en *Le Figaro* a la sazón). El desterrado puso rumbo a Bruselas, en donde recalaría brevemente, pues pronto aceptaron, padre e hijo, la invitación de Yamal al-Din al-Afgani para trasladarse a Londres, en donde llegaron a ser presentados a Lord Randolph Churchill, el padre del famoso Winston Churchill, y a Lord Salisbury, primer ministro británico entonces. No obstante, Ibrahim, congraciado con la Puerta de nuevo gracias a los furibundos ataques que prodigó *Al-Ittihad* contra la política en Medio Oriente de las potencias europeas, decidió aceptar la invitación del Sultán para acudir a Estambul y prestar servicios en la corte otomana. La estancia de ambos en Estambul sería ocasión de que, en razón de la amistad del padre del autor con el Ministro de Educación, Munif Pachá, Muhammad viera allanado su acceso a la Biblioteca Fatih, el núcleo de la que más tarde sería la Biblioteca Nacional turca, en la que nuestro autor —según ya se dijo— pasó largas temporadas dedicado a la copia y consulta de manuscritos de obras inéditas como la *Epístola del Perdón*, de Al-Maarri, la *Hamasa* de Abu Tammam, el *Diwan* de Ibn al-Rumi o las epístolas de Al-Yahiz, el famoso polígrafo de los siglos VIII-IX. El rastro de esas lecturas es perfectamente detectable en los versos que salpican la obra que nos ocupa.

En 1887, nuestro autor dejó Estambul y volvió a El Cairo, en donde se entregó otra vez en cuerpo y alma a la edición de un nuevo diario, *Al-Qahira al-yadida* (El Nuevo Cairo), de efímera

⁷ R. Allen, *A period of time*, op. cit., pág. 4.

⁸ Especialmente en *Edmond About et al-Muwaylihi*, *Revue Africaine*, 88, págs. 270-273.

vida, como muchos otros, pues solo se publicarían algunos números. También en esos años comenzó a frecuentar el salón literario de la Princesa Nazli Hanem Fadil⁹, sobrina del Jedive Ismail, al que dicen que llegó a asistir nada menos que Lord Cromer, el administrador colonial inglés. Cuando su padre retornó de Estambul, en 1895, Muhammad colaboró con él en la publicación, en las prensas del diario *Al-Muqattam* —uno de los periódicos que se citan también en esta novela—, de los artículos que había escrito sobre su estancia en Estambul. El volumen, que llevaba por título *Ma hunalika* (“lo que hay por allá” o, según otros, “todo lo que hay por allí”), sería retirado de circulación por orden del Sultán, que no vio con buenos ojos cómo se exponían crudamente las intrigas de la corte estambulita. En diciembre de ese mismo año, Muhammad fue nombrado ayudante de Gobernador (*muawwin*) de la provincia de Qalyubia, y posteriormente *maamur* (o superintendente) del distrito o *markaz* de Burullus, en el Delta, cerca del lago del mismo nombre. Tras dimitir de su cargo, Muhammad volvió a El Cairo y allí colaboró con su padre en el lanzamiento de la que sería la más exitosa de sus actividades periodísticas, la publicación de *El Farol de Oriente* (*Misbah al-Sharq*), un periódico semanal (salía los jueves, impreso sobre un llamativo papel anaranjado, casi rojo) que se editaría durante más de cuatro años y en cuyas páginas Muhammad iría dando a las prensas por entregas su obra, bajo el título *Fatra min al-zaman*, o “Un período de tiempo”, en tanto que su padre iniciaba la publicación, también por entregas, de una serie de artículos bajo el título genérico de “El espejo del mundo” (*Mirat al-alam*). En 1900, en el que habría de ser su último viaje a Europa, Muhammad fue a Londres de nuevo para cubrir la visita del Jedive Abbas Hilmi a Inglaterra. Posteriormente volvió a París, en donde visitó la exposición universal de ese año y desde donde envió a la redacción la serie de artículos que luego constituyeron el núcleo de la segunda parte de esta obra en su formato de libro, que se inicia precisamente con un capítulo denominado “París”.

Tras la muerte de su padre en 1906, Muhammad se retiró a su domicilio y redujo drásticamente sus colaboraciones con la prensa, dedicándose a la lectura de los clásicos árabes y a acoger en su casa una tertulia literaria, frecuentada por poetas como Hafiz Ibrahim y Ahmad Shawqi —sin discusión los dos poetas egipcios más universales—, prosistas como Abbas Mahmud al-Aqqad, su tío Abd al-Salam, el *sheij* Ali Yusuf (propietario de *Al-Muayyid*, otro diario de gran circulación, con el que Muhammad tuvo en su momento un sonoro enfrentamiento¹⁰), Abd al-Aziz al-Bishri, ya mentado, Muhammad Bey Rashad y Muhammad Tawfiq al-Bakri, cuñado de la esposa de Ali Yusuf y famoso reformador religioso, en definitiva, la flor y nata de la intelectualidad cairota. En esos años, Muhammad al-Muwaylihi preparó la edición en forma de libro de la obra que nos ocupa, que vería la luz en 1907, y que se editaría sucesivamente en seis o siete ocasiones más, tres de ellas en vida del autor.

Tras un viaje a Medina, en Arabia Saudí, para asistir a la inauguración del nuevo ferrocarril del Hiyaz, fue nombrado director de la Administración de Habices, o bienes de mano muerta, un cargo importante en el que permanecería cuatro años, hasta 1914. Quizás el nombramiento obedeció a la acerba y succulenta crítica —y profundo conocimiento— que contiene su obra sobre el mal funcionamiento y las corruptelas que aquejaban al sistema de legados religiosos, tan importante en el mundo islámico para el correcto mantenimiento del patrimonio y la debida preservación de las fortunas y familias (y la correspondiente evasión fiscal, todo hay que decirlo).

⁹ Véase a este respecto la interesante nota que dedicó Saadeddine Bencheneb a la princesa Nazli en su *Études de Littérature Arabe Moderne; I, Muhammad al-Muwaylihi*, Revue Africaine, 83, págs. 358-382, nota 14.

¹⁰ Este Ali Yusuf protagonizó un famoso *cas célèbre* debido a su boda más o menos secreta con Safiya al-Sadat, una mujer perteneciente a la nobleza; el matrimonio sería denunciado por el padre de la novia en el diario *Al-Ahram*, lo que causaría un gran escándalo e incluso un juicio seguido ampliamente por la prensa, que acusaría a Ali Yusuf de estar inventándose un abolengo falso, siendo como era en realidad un *sa'idi* (habitante del Alto Egipto) sin alcurnia, que no podía abrogarse derecho alguno a un linaje de Sharif o descendiente del Profeta.

A partir de esa fecha, su retiro fue completo, llevando en su casa de Helwan, con interrupciones debidas a esporádicas estancias en Alejandría, una vida modesta que, según Roger Allen, “descended at times into poverty”¹¹. El escritor parece haber soportado esa prueba con dignidad, según puede deducirse de algunos de los versos de la vibrante elegía que le dedicó Hafiz Ibrahim tras su muerte. Es de suponer que sobrevivía tirando de los restos de la fortuna familiar y reclamando magros derechos a los editores de su obra más célebre, *Lo que nos contó Isa ibn Hisham*. Rompió su silencio tan solo en una ocasión, en 1921, con un artículo aparecido en *Al-Ahram* y titulado “Una voz desde el voluntario retiro”, en el que daba razones de su aislamiento intelectual y explicaba su renuncia al periodismo, al tiempo que criticaba el segundo destierro de Saad Zaghlul, nacionalista egipcio y jefe del partido Wafd. Se cuenta de Al-Muwaylihi que, en 1927, el director de un conocido periódico le propuso colaborar a cambio de una cantidad fija y que Al-Muwaylihi, a pesar de su escasez de numerario, respondió orgullosamente: “La pluma de Al-Muwaylihi no está en venta”¹². El autor era de los que hablaban de sí mismo en tercera persona, prueba inequívoca del alto concepto que, en este caso muy justificadamente, tenía de su valía.

En esos años finales, el autor recopiló también muchas de sus colaboraciones de carácter filosófico e intimista, aparecidas en su momento en *El Farol de Oriente*, y las dejó listas para su publicación, tarea de la que se ocuparía su gran amigo el muftí tunecino Salim Buhayib (esposo de la Princesa Nazli, del que el autor adjuntó una elogiosa carta en el apéndice de la segunda edición de *Lo que nos contó Isa ibn Hisham*¹³) tras la muerte de Al-Muwaylihi, el 28 de febrero de 1930, a la edad de 72 años, si nos atenemos al cómputo más temprano. El volumen se titularía *Cura para el alma*¹⁴ y sería adoptado también como lectura en el curriculum de secundaria.

Tras la desaparición del autor, Hafiz Ibrahim, el apodado Poeta del Nilo, quien ya dedicara una grácil casida a la obra que nos ocupa y a su autor, escribió unos versos, que, a juzgar por la breve justificación que figura al respecto en su *Diwan*, fueron leídos al paso tras su féretro,

*Se nos fue el literato, el literato de Egipto, y se ocultó.
Llórenlo los cálamos o quíebrense para siempre...*¹⁵

y posteriormente, una larga casida, de gran sentimiento y abrochada factura, que el propio poeta recitó en una fiesta homenaje que se celebró en el Teatro de la Azbakiyya en junio de 1930, y cuyo arranque dice:

*Una lágrima, de las lágrimas de mis verdes años,
Que yo había atesorado para el día de la tribulación,
He convocado hoy, oh Muhammad, cuando me alarmó
El treno fúnebre por el más escritor de los escritores...*¹⁶

Por su parte, el Príncipe de los Poetas, Ahmad Shawqi, máximo exponente de la poesía neoclásica árabe, compuso también otra gran elegía, más académica y fría, reflejo de su propio carácter, pero también sentida y solemne.

*Hijo de Egipto, pero toda tierra en la que
Se habla el árabe, es su cuna y su morada...*¹⁷

¹¹ R. Allen, *A period of...*, op. cit., pág. 13.

¹² Ídem.

¹³ Ibid, págs. 450-451.

¹⁴ *Ilāğ al-nafs*, Al-Maṭba‘at al-Amriyya, El Cairo, 1932; Dār al-Qawmiyya, 1962. No existe traducción española.

¹⁵ Ḥāfiẓ Ibrāhīm, *Dīwān*, Al-hay‘at al-‘amma li-l-kitāb, El Cairo, 2008, pág. 552.

¹⁶ Ibid., págs. 552-555.

¹⁷ Aḥmad Šawqī, *Dīwān Šawqī*, ed. Aḥmad Muḥammad al-Ḥūfi, Nahḍat Miṣr, El Cairo, 1980-81.

ii. La obra

Desde que Roger Allen “descubrió” a Al-Muwaylihi para el mundo europeo, en 1968, al defender su tesis doctoral sobre *Lo que nos contó Isa ibn Hisham*, en la que realizó un ambicioso estudio del autor, que sigue siendo de plena actualidad, y tradujo al inglés toda la primera parte, que posteriormente publicaría primero en microficha y luego como libro en 1992¹⁸, esta obra de Al-Muwaylihi ha suscitado un considerable debate, e incluso añadiría, un cierto furor crítico y editorial en medios orientalistas y árabes¹⁹. Es de esas obras singulares que parecen atraer todas las polémicas y suscitar opiniones encontradas, y respecto de las cuales no parece llegarse jamás a una conclusión o edición definitiva que las devuelva al armario de las obras fallidas o la eleve al altar de los clásicos indiscutibles. Sigue ahí, impertérrita, pasados más de 100 años, nadando entre las aguas de la obra genial y el folletón humorístico y banal. Su carácter de obra puente, subrayado por el profesor Allen en más de una ocasión, ha hecho de ella una referencia imprescindible para entender la génesis y evolución de la novela árabe. Algunos estudiosos, yendo un poco más allá de lo razonable, han considerado *Lo que nos contó Isa ibn Hisham* una obra pionera, que sería poco menos la protonovela árabe por excelencia, como si antes de Al-Muwaylihi no hubieran existido, por ejemplo, Yuriy Zaydan, más o menos coetáneo de Al-Muwaylihi, y cuyas obras completas ocupan más de 14.000 páginas, incluyendo algunas novelas, o Ahmad Faris al-Shidyaq (n. 1804) que con su obra *Al-Saq ala al-saq (Una pierna sobre la otra)*, inédita todavía en español y publicada en París en 1855, antes incluso del nacimiento de Muhammad al-Muwaylihi, ya sentó las bases de la que sería una brillante y peregrina forma de abrir una novedosa puerta en la agostada narrativa en árabe clásico de las postrimerías del siglo XVIII²⁰.

Tal afirmación es exagerada. La obra de Al-Muwaylihi no es un ancestro de la novela árabe, sino un cruce de razas, en la que el autor trató de rescatar las formas árabes características de la época de oro de la literatura árabe, esencialmente la *maqama*, o estancia literaria, y la *risala*, o epístola trufada de versos, y combinarlas con las formas literarias europeas que había podido conocer y apreciar durante su estancia en Francia, la patria de la novela, junto con Inglaterra. Si la *maqama* árabe es un manojo de perlas sueltas que no guardan más relación entre sí que la forma o su color más o menos nacarado, la obra de Al-Muwaylihi es esas mismas perlas, pero engastadas en un hermoso collar, cuyo hilo es el argumento que da unidad y continuidad a la narración. La *maqama*, puede decirse, es una colección de daguerrotipos preciosistas con escenas variopintas, que solo tienen en común a sus dos protagonistas, el pícaro Abulfath y su testigo y valedor Isa ibn Hisham (en el caso de Al-Hamadhani); *Lo que nos contó Isa ibn Hisham*, por contra, es ya una

¹⁸ R. Allen, *A period of time*, Ithaca Press, Reading, 1992. En realidad, quien en primer lugar se ocupó seriamente del autor y de su novela-*maqama* fue el ilustre polígrafo argelino Saadeddine Bencheneb, quien publicó en la *Revue Africaine* dos espléndidos artículos sobre Al-Muwaylihi y su obra, incluyendo traducciones al francés de largos pasajes del *Hadiz*, y añadió más tarde una pequeña comunicación sobre la posible influencia de Edmond About en la génesis de *Lo que nos contó Isa ibn Hisham*. Henri Pérès, en 1944, publicó a su vez un agudo artículo en el que estudiaba los orígenes de esta narración y llamaba la atención sobre su profunda originalidad. Véase la bibliografía adjunta.

¹⁹ La lista de obras sería tan larga que esta nota ocuparía un par de páginas enteras a tipo bien pequeño. Destaca entre todas ellas el ensayo de ‘Abd al-Ilāh ‘Abd al-Muṭallib, *Al-Muwaylihi al-ṣagīr, ḥayātuhu wa-adabuhu* [Al-Muwaylihi hijo, su vida y su literatura], al-hay’a al-miṣriyya al-‘amma li-l-kitāb, El Cairo, 1980, que contiene toneladas de información sobre el autor y que está magníficamente escrita y referenciada, en especial su capítulo sobre esta obra (págs. 209-254). También es muy interesante la deliciosa e inteligente monografía de Matti Moosa, *The origins of Modern Arabic Fiction*, y especialmente el capítulo “The revival of the *maqama*” (págs. 93-121). La tesis doctoral de Marie-Claire Djaballah Boulahbel (véase la bibliografía), pese a estar centrada en el padre del autor, es muy esclarecedora por la cantidad de material gráfico que presenta y por ofrecer un panorama completo del periodismo de la época, sin el cual no se entiende una obra como la que nos ocupa.

²⁰ Acaba de publicarse, en el marco de la colección Library of Arabic Literature, una hermosa edición bilingüe de esta novela en tres tomos, *Leg over leg*, ed. y trad. de Humphrey Davies; NYU Press, New York, 2013. Para los lectores de francés existe la traducción de Renée Khawam, aparecida en 1991 en la editorial Phébus.

película, en la que hay un recorrido narrativo y los actores se mueven y evolucionan, torpemente, como en un viejo filme en blanco y negro y, por añadidura, casi mudo, pero resueltamente, imbuidos de la nueva vida que les ha dado el celuloide.

Su carácter de obra puente es lo que hace su singularidad, aparte, por supuesto, del extraordinario lenguaje en el que está escrita; su voluntad de abrir nuevas vías, pero sin romper con un pasado deslumbrante; el intento, ampliamente logrado, de conducir la alta narrativa literaria hacia nuevos horizontes, pero sin perder de vista, en el retrovisor de la imponente historia literaria árabe, el legado apabullante de los clásicos. Súmese a todo ello la fuerte vocación pedagógica que transpira, acicate del periodismo de intención regeneradora tan en boga entonces, mediante la cual trató de educar —divirtiendo— al lector sobre los temas candentes de la época, que, básicamente, siguen siendo los mismos que acucian hoy en día al atribulado mundo árabe: la preservación de las manifestaciones genuinas e identitarias de la gran cultura árabe; la lucha contra el colonialismo y el paternalismo occidentales; la educación de la ciudadanía; el peligro de la occidentalización desenfrenada; la dificultad de evolucionar autónomamente pero sin por ello caer en el aislacionismo; la dignificación de la mujer árabe y de su papel en la sociedad dentro de los límites en evolución de lo aceptable socialmente, y el diseño de una forma árabe de gobernanza que consiga establecer justicia social sin renunciar al mecanismo árabe de gobierno político por excelencia, que es la *shura*, o consulta, que atempera las tendencias autocráticas del a menudo potente liderazgo árabe —que viene en parte impuesto por el carácter del paisanaje y la endiablada ubicación geoestratégica de la mayoría de los países—, siempre proclive al caudillismo, sin abandonarse a modos de representación directa propios de la democracia occidental, que son ajenos al carácter y la cultura política de la mayoría de las sociedades árabes. Es realmente impactante comprobar cómo gran parte de los parlamentos que contiene este libro podrían leerse en clave de actualidad en 2016. En eso, Muwaylihi demostró una penetración y una inteligencia analítica, tanto social como política, fuera de lo común. El hecho de que la obra se publicara primero por entregas añade además una enorme actualidad —hoy diacrónica, claro está— a su contenido, parte de la cual consiguió colarse en la versión en forma de libro, a pesar del cuidado del autor en no suscitar las iras de los gobernantes otomanos y coloniales. Impresionan hoy día los capítulos dedicados a los ulemas o a las clases aristocráticas egipcias, escritos con una demoledora fuerza, rayana en la ferocidad. Cabe preguntarse si se permitiría hoy semejante libertad de pensamiento y expresión. Otro aspecto destacable de la *novela* —pues cabe a fin de cuentas llamarla así—, es su extraordinaria voluntad satírica, y ese es el aspecto que más la emparenta con la *maqama*, y quizás, de refilón, con la picaresca española, quién sabe si pasada por el tamiz del recuelo que la novela francesa hizo del descarnamiento español, excesivamente fuerte para el paladar francés, y del mundo grecorromano, en obras como *Les aventures de Télémaque*, el *Gil Blas* o el *Viaje de Anacharsis*, unas obras que probablemente el autor leyó durante su estada francesa e italiana.

En la obra de Al-Muwaylihi hay parrafadas de gran ironía, soberbiamente engarzadas, y los fragmentos poéticos son en ocasiones de enorme pertinencia, siendo este uno de los aspectos más difíciles de captar por un lector ajeno a la cultura árabe. Si la novela, según la manida definición, es un espejo que se pasea a lo largo del camino, *Lo que nos contó Isa ibn Hisham* es un triple espejo, encastrado en un armario de tres cuerpos (del periodista satírico y observador, del degustador sibarita de la mejor poesía árabe clásica y del reformador y regenerador, siempre dentro del conservadurismo musulmán genuino que, como tal, tiende a una evolución sensata al margen de vaivenes alarmantes), a través del cual podemos fisgar, divertidos e intrigados, por la mirilla de la infranqueable puerta del Tiempo, un *período de tiempo* concreto de la accidentada historia del país del Nilo, a la vez que hacemos acto de contricción en lo que respecta a la sombra amenazadora que, en tanto que europeos —unos más y otros menos, claro—, hemos supuesto

para el difícil devenir del mundo árabe, un imperio que lo fue todo y que vive bajo el imponente legado de aquella edad de oro, pero que quiere avanzar serenamente hacia un incierto futuro sin caer en lo que un agudo analista político —creo recordar que fue George Corm²¹— definió como la *revolución retroactiva*, o utopía regresiva, esa imposible, y a menudo sanguinaria, ruptura hacia el pasado que desgarrar el mundo árabe de hoy y que no es sino una huida hacia delante, y también el daño colateral y reactivo de las recientes neocruzadas abanderadas por ciertos neocretinos anglosajones, que nunca acabarán de entender el mundo mediterráneo, no digamos el árabe. Esas intervenciones han sido otras tantas sangrías en cuerpo doliente, cuyos pavorosos efectos en la salud del enfermo sólo ahora empezamos a captar en toda su devastadora dimensión, como el embravecido oleaje que sigue a los naufragios. El mundo árabe vuelve a estar lejos, muy lejos, para desgracia de quienes lo amamos y cortejamos, con mayor o menor fortuna.

En realidad, la historia narrada en esta novela es simple y bastante lineal: el protagonista, ese homónimo de quien siglos antes fuese testigo y valedor de las andanzas de Abulfath al-Iskandari²², Isa ibn Hisham, pasea por el cementerio cairota del imán Shafí‘i cuando escucha un rebullir de tumbas, y se encuentra frente a un Pachá otomano, fallecido cuarenta o cincuenta años antes, el Pachá Ahmad al-Manikali, personaje real que fuera Ministro de la Guerra bajo Muhammad Ali. Juntos, el narrador y el Pachá (*Basha*, en dialecto egipcio) emprenden un recorrido por diversos andurriales y estamentos cairotas, lo que es ocasión para que el autor exponga sus ideas o reflexiones, lance sus diatribas o recite poemas de diversa oportunidad, y lleve de la mano al lector a través de un país empantanado en una complicada situación política y social: una tierra que, si bien es oficialmente parte del Imperio Otomano, que solo se preocupa de que a Estambul lleguen puntualmente las pechas y alcabalas, en la práctica permanece ocupada por las potencias europeas, (especialmente desde 1882, inicio oficial del protectorado británico), que se pasean por ella como Pedro por su casa, ante la impotencia, la colaboración o la indiferencia de la mayoría de sus habitantes, sumidos en la cuádruple modorra de la climatología, la corruptela, la incultura y la desidia. El hilo de la trama, que gira en torno a los intentos del Pachá Al-Manikali por volver a poner bajo su mano un legado religioso otorgado por él en vida y así poder hacer frente a las minutas de los abogados, es tenue y se va deshilachando a medida que el autor cede a la tentación de meter a sus protagonistas, que van creciendo en número y variando de pelaje a medida que avanza la novela, en otros líos jugosos: bodas, cabarets, restaurantes, lupanares, etc, en lo que constituyen otros tantos episodios hilarantes, cargados de ironía y de sarcasmos, y también de vívidas descripciones rayanas en un costumbrismo falsamente inocente. Ambas partes, la primera, que se desarrolla en El Cairo, con una breve escapada a Alejandría, y la segunda, que tiene por escenario exclusivamente París, acaban más o menos súbitamente, lo que es sin duda rémora de su condición de obra por entregas, de folletín, en definitiva, un género siempre sujeto a los imponderables que se ciernen, en forma de ruina papelera y de censura, sobre la incipiente e incierta prensa de la época. La primera parte concluye con una reflexión sobre la grandeza del Egipto faraónico, en la que el autor se alinea claramente con quienes, como el poeta Jalil Mutran (recuérdese su célebre poema sobre las Pirámides²³), consideraron las magnas construcciones del Egipto Antiguo prueba irrefutable de la tiranía de sus faraones y la incultura de las gentes.

²¹ G. Corm, *Le Proche-Orient éclaté*, Gallimard (Folio Histoire), París, 2012, en alguna parte sin determinar, o quizás en *Pensée et politique dans le monde arabe*, ed. La Découverte, París, 2016, libro extraordinario, a la altura de *Islamic thought in the liberal age*, la obra clásica de Albert Hourani. Georges Corm, economista, historiador, pensador y ensayista, amén de ex ministro, es sin duda una de las mentes más brillantes del mundo árabe y francófono, con ribetes de genio *désabusé*, como todos los libaneses.

²² Al-Hamaḍānī, *Māqāmāt*, Dār al-mašriq, Bayrūt, 1973. Existe versión española de S. Fanjul, *Venturas y desventuras del pícaro Abū l-Faḥ de Alejandría*, Alianza Editorial, Madrid 1988.

²³ *Treinta poemas árabes en su contexto*, Edición de Jaime Sánchez Ratia, Hiperión, Madrid, 1998, pág. 208-211.

Cuando esta obra vio la luz levantó no pocas ampollas, y a éstas siguió una oleada de animosidad contra Al-Muwaylihi, al que se acusaba de cualquier cosa, como de reivindicarse del linaje de — inada menos!— Al-Hamadhani, alias el Prodigio del Tiempo, exponente máximo e iniciador del género de la *maqama*, o de no ser el verdadero autor de la obra, que pasó a atribuirse sin ambages a su padre, Ibrahim, entonces todo un icono en el paisaje literario y periodístico de la época, que además había escrito otro *feuilleton* por entregas, *El espejo del mundo*, que veía la luz también en *El Farol de Oriente*, y en el que el narrador portaba otro nombre de resonancias igualmente bíblicas (Isa es el equivalente árabe de Jesús), Musa (Moisés) ibn Asam, lo que reforzaba su coartada como candidato ideal de esta sospechada autoría. Estos ataques, sumados a los que recibió durante su corto período ejerciendo de crítico literario en diversos medios, en los que se le conminó a dejar en paz a los grandes prohombres de la poesía egipcia, dolieron mucho al autor, e influyeron en su decisión de encerrarse en sí mismo y poner fin a su carrera literaria. En el primer caso, la indignación de algunos lectores escocidos giraba, como siempre que se critica con dureza a estamentos poderosos, en torno al consabido argumento: Al-Muwaylihi se fijaba sólo en lo malo, echando a beneficio de inventario los enormes avances que el país había experimentado desde la asunción del poder por ese astuto mercenario albanés llamado Muhammad Ali, quien, sin hablar una palabra de árabe, supo meter a Egipto en la vía de una cierta occidentalización *alla turca*, tarea en la que el país se encontró enfrascado, pero a la vez incómodo, como buey que ara resignado, suspirando por el momento de volver a la cuadra y ser despojado de su abrumadora yunta.

Muchas cosas sorprenden, como tantas otras maravillan, en esta novela y una de ellas es que el autor no hiciese aparentemente un esfuerzo excesivo por marcar diferencias de registro lingüístico entre el Pachá, por un lado, e Isa ibn Hisham y quienes acompañan a ambos en su periplo por ese Egipto finisecular, por otro. En general, el árabe clásico es elevado (tanto que el autor creyó necesario incluir un glosario explicando más de 200 voces raras cuando preparó la segunda edición), pero uniforme. Tan sólo en alguna ocasión el autor se permite alguna incursión en un árabe más coloquial, a menudo con efectos muy brillantes. Los capítulos comienzan con una parrafada más o menos sostenida en prosa rimada, en la que el autor se reivindica seguidor de la línea de célebres *maqamistas*, a la que sigue una parte dialogada, salpicada de versos, que termina con un final algo brusco y provisto de una coda en la que se emplaza mediante un guiño al lector a esperar la siguiente entrega.

Algún crítico ha señalado, un tanto injustamente, que en la obra no hay personajes, sino tipos. Creo que es una opinión en exceso severa. *Lo que nos contó Isa ibn Hisham* es un artefacto literario en el que el autor, al escribirlo, aprende a la vez que enseña. El desarrollo de matices en algunos personajes durante los últimos capítulos de la primera parte es verdaderamente notable, y uno se pregunta ciertamente qué otras extraordinarias obras habrían podido salir de su pluma de no haberse enrocado el autor en su mutismo literario, del que ya no salió hasta su muerte. También resulta llamativo el barniz un punto misógino con el que están acabados algunos de los tipos femeninos, si bien este defecto se ve a su vez compensado con creces por el parlamento en el que se reflexiona sobre la dura vida de las meretrices, una parrafada que deja traslucir la gran piedad y la estremecedora humanidad del autor. Randa Sabry, la ejemplar traductora de esta obra al francés, señala en su prólogo a la obra, muy acertadamente, que la ausencia de la mujer (una ausencia muy *stevensoniana*, diría yo) es uno de los principales defectos que el público árabe ha puesto en el debe del autor. La falta de una trama amorosa hace que *Lo que nos contó Isa ibn Hisham* adolezca de lo que constituye la quintaesencia de lo novelesco, y más en la época en que está escrita. Pero, recuérdese, el Egipto de finales del siglo XIX no es en modo alguno la Inglaterra victoriana. La personalidad del autor, para quien un fenomenal cascarrabias —y genio— como Abu al-Ala al-Maarri —poeta que sin duda constituye la principal metapresencia literaria clásica en esta obra junto con Al-Mutanabbi— era todo un *rol model*, explica en buena medida esa carencia.

Su condición de obra de lectura obligatoria en secundaria durante unas cuantas décadas (desde 1927 hasta bien entrados los 60 y más tarde incluso) no ayudó a ganarle el favor prolongado del público tras la desaparición del autor. Hoy en día, sólo los egipcios de una cierta cultura y edad la recuerdan y conocen, pese a que se ha reeditado recientemente. Al egipcio joven, el nombre de Al-Muwaylihi le dice bien poca cosa. En ese sentido, daría la impresión de que la apuesta del autor con esta obra sincrética y polivalente no ha resultado ganadora. Los vientos acabaron por soplar, caprichosamente, hacia fórmulas más occidentales, en las que navega la narrativa árabe de hoy, con sus aciertos, no siendo el menor de ellos su apertura hacia la expresión dialectal y a una mayor viveza y dinamismo, y sus deficiencias, la más palmaria de todas, a mi entender, la renuncia a la rica y singular tradición narrativa clásica, vistiéndose de ropajes ajenos y compitiendo en una arena en la que otras literaturas llevan indefectiblemente tres cuerpos de ventaja.

Cuenta Roger Allen que, mientras escribía su tesis doctoral, sondeó a egipcios de a pie sobre la novela y que le sorprendió comprobar que muchos afirmaban recordarla con horror, por los malos ratos que les habían hecho pasar en el colegio²⁴ el difícil vocabulario y la alambicada expresión de algunos pasajes de la obra²⁵.

Sin embargo, no albergo la más mínima duda de que esta obra singular se acabará imponiendo a la larga, y ganará la batalla del gusto del público, algo que sucederá cuando en el mundo árabe se haga de *Lo que nos contó Isa ibn Hisham* la edición moderna, de amplia tirada y crítica que se merece²⁶, y deje de ser contemplada como la bagatela de un excéntrico neoclásico — elitista por su lenguaje, deslenguada por sus modales y algo arcaizante por su contenido— de la que se han encaprichado unos cuantos *orientalistas*. Y también cuando se restituya a Muhammad al-Muwaylihi su condición de literato de primera fila y genio de las letras árabes, y se le rescate del olvido en que se ha achicado un tanto su imponente estatura intelectual, apreciable a simple vista para cualquier lector atento que se adentre sin prejuicios en las páginas que siguen a este prólogo.

iii. La presente edición

Tratándose de una obra con una biografía tan accidentada, la elección del texto fuente no ha sido tarea fácil. En efecto, según ya se dijo, el *Hadiz de Isa ibn Hisham* se publicó primero por entregas en el diario *El Farol de Oriente*, entre septiembre de 1898 y marzo de 1902. Posteriormente, el autor, en 1907, decidió agavillar las historias en un solo volumen. Al hacerlo, incluyó sólo el primer viaje, es decir, el conjunto formado por los capítulos 1 a 33 de la primera parte. Cuando se publicó la cuarta edición, en 1927, el autor, consciente de que el libro había sido incluido en el programa de lecturas de secundaria, realizó una criba importante, eliminando totalmente dos capítulos (el 19 y el 22) y numerosos pasajes que pudieran ser problemáticos desde el punto de vista político, o considerarse no aptos para ser leídos en aulas repletas de adolescentes. Al preparar esta versión castellana se ha optado por traducir la segunda edición de la obra, de 1912 (que encontré casualmente, si bien a precio de oro, en un mercadillo ambulante de Alejandría), pero incorporando los títulos de los capítulos de la cuarta edición, de 1927 (que me fue proporcionada

²⁴ A quien esto escribe le pasa un poco lo mismo: cada vez que abro *L'étranger*, de Camus, se me aparece el hermano García de Amézaga, alias *Chapas*, con su cadena de silbato, que enroscaba y desenroscaba en torno a su gordezuelo índice y que en cualquier momento podía acabar restallando sobre nuestras mórbidas pantorrillas cuando nuestra realización de la fonética francesa quedaba lejos de lo cabalmente exigible en un colegio de pago cuyo fundador se llamaba *frère Polycarpe*. *Habent sua fata libelli*...

²⁵ Véase <http://www.libraryofarabicliterature.org/2015/no-translation-is-ever-finished-an-interview-with-roger-allen-on-translating-al-muwaylihi/>.

²⁶ La edición en dos tomos de las obras completas del autor que realizó Roger Allen en 2002 (véase la bibliografía) es prácticamente inencontrable. El propio R. Allen reconoció en la entrevista citada en la nota precedente que contenía deficiencias. Por otra parte, su edición bilingüe de la Library of Arabic Literature, por sus características y precio, no puede llegar sino a un público árabe muy minoritario.

amablemente por Luis Miguel Pérez Cañada), así como el llamado *Segundo viaje*, que no figuraba en las anteriores. Respecto de los capítulos que faltan en la cuarta edición, se han titulado siguiendo la primera versión inglesa de la obra (*A period of time*), pues en las ediciones anteriores a la cuarta los capítulos carecían de título. En el texto se han identificado entre corchetes aquellos pasajes cortos que habían sido eliminados en la cuarta edición. Sin embargo, cuando la traducción estaba ya casi terminada, el profesor Allen, que es quien fuera del mundo árabe (e incluso dentro) más ha investigado y editado esta obra, publicó en la colección Library of Arabic Literature, de la New York University, su edición bilingüe (*What 'Īsā ibn Hishām told us, or A period of time*) de la versión por entregas. La versión seriada difiere grandemente de la publicada en un volumen, y el autor eliminó después multitud de capítulos y pasajes, sobre todo de índole política, en general referentes a la guerra en el Sudán, entonces de *rabiosa* actualidad, y rehizo partes enteras. Ha sido imposible cotejar, barajar y contrastar concienzudamente ambas versiones, pues es tarea que hubiera alargado sobremanera un proyecto que arrastra ya un considerable retraso, y que además lo hubiera sobrecargado de un fatigoso aparato crítico: el resultado hubiera sido un ilegible centón de textos, más parecido a una sinopsis evangélica que a la obra literaria que es. Sí se ha podido utilizar esa última versión, empero, para identificar multitud de fragmentos poéticos que de otra manera hubieran quedado con el triste marbete de “fragmento sin identificar”, una nota al pie que no parece de recibo en una edición de un clásico como éste. A pesar de ello, subsisten algunos versos rebeldes. El mérito es casi todo del profesor Allen y, río arriba, de sabios como el profesor Van Gelder, que lo conocen casi todo sobre poesía árabe. Nótese que, en esos casos, he procurado conservar las fichas bibliográficas originales, pues las ediciones de los *diwanes* poéticos que ellos citan son casi siempre de más autoridad que las mías, adquiridas en su mayoría al albur de la azarosa oportunidad.

He glosado algunos pasajes o términos con algo más de medio millar de notas al pie, redactadas pensando en un hipotético lector totalmente ajeno a la cultura árabe en general, y al mundo egipcio de finales del siglo XIX en particular. En buena ley, las notas deberían ir al final del libro, pues este traductor no reclama, obviamente, derecho alguno sobre la superficie de la página, que corresponde íntegramente al autor. Pero quien esto escribe considera que, si ya las notas al pie son fastidiosas, las que figuran al final de un libro lo son por partida doble, máxime cuando se numeran por capítulos, el colmo de la crueldad, pues hacen pasar páginas para adelante y para atrás y no pocas veces son ocasión de perder el hilo de la lectura, o de soltar un par de juramentos. Queda al lector el saludable recurso de ignorarlas.

El libro emplea un sistema de notación del diálogo algo arcaico, más propio del teatro que de la novela, y en gran parte heredero de la *maqama*, uno de los modelos literarios de la presente obra, que no en vano es considerada, junto con la narración de Ahmad Faris al-Shidyaq *Al-Saq ala al-saq* (*Una pierna sobre la otra*), una de las primeras (y más inclasificables) novelas árabes. He decidido, en aras de la claridad, poner en primera persona todo texto en el que Isa ibn Hisham cuenta su historia, eliminando al narrador omnisciente, marcado en la novela original mediante la inclusión de la frase célebre de Al-Hamadhani “Nos contó Isa ibn Hisham...”. Algo parecido he hecho con el resto de los personajes, que figuraban en todas las ediciones en negrita, seguidos de dos puntos, a la manera del teatro. De esta forma, la novela se viste de un ropaje gráfico un tanto más moderno. Es una licencia que espero que el lector disculpará, lo mismo que el propio autor, desde su sepulcral morada. Pero tengo el convencimiento de que, de la misma manera que todo texto es susceptible de traducción, así también los aspectos gráficos y de composición mecánica son igualmente traducibles. Es lo que hacemos al verter una novela inglesa, por ejemplo, cuando sustituimos las comillas que encapsulan los diálogos por nuestra barra larga.

Esta es obra compleja, que no se dejaría traducir fácilmente por un avezado truchimán, cuánto menos todavía por un ignorante como quien esto escribe. Vaya en defensa propia que no es precisamente fácil traducir una obra literaria de fuste mientras investigadores dan a las prensas novedosas ediciones críticas de la misma, que en gran parte invalidan las anteriores. Parafraseando a Dalí en su famosa e inmisericorde sentencia sobre las esculturas de Calder, se podría decir que lo mínimo que un traductor puede pedir a un texto fuente es “que se esté quieto”.

Decía que es obra compleja y sostengo que lo es por sí misma, dejando aparte sus mutantes atavíos indumentarios. Los inicios de los capítulos están en *sağ'* o prosa poética, a la manera de la *maqama*, ante la que la batería de sinónimos castellanos a disposición del pobre traductor casi siempre acaba por enmudecer; contiene casi 250 fragmentos de poesía, a veces enrevesados o directamente abstrusos, cuya delgada hilazón con el texto es en ocasiones difícil de barruntar a simple vista; está plagada de abundantes frases-parrafazo, la especialidad de muchos textos árabes con vocación classicista, unas frases que deben cortarse y empalmarse como buenamente se puede, sin que el sentido quede maltrecho por el camino; contiene ironías finísimas, ante las que el traductor debe pasar de puntillas, pues explicarlas requiere una farragosa exégesis; la prosa en la que está hilada es harto antigua, y no le acaba de caer bien un moderno traje de chaqueta español (he procurado emplear un español un tanto arcaizante, que en ocasiones puede sonar una miaja *daté*, pero he tratado de evitar que ese registro algo ficticio se me fuera de las manos y acabara sonando a diálogo de *Águila Roja*, dicho sea *sine animus injuriandi*); en fin, que no le falta de nada para constituir un buen quebradero de cabeza, ante el cual el traductor no pocas veces se desalienta, cierra el ordenador y tiene que tomar aire y bríos, recordando la inapelable sentencia de don Quijote sobre el resultado dudoso de este ejercicio extraño del traducir²⁷. Ignoro si el tapiz castellano en el que, a lo largo de más de tres años, he ido tejiendo laboriosamente las figuras que pueblan esa delicada alfombra oriental que es *Lo que nos contó Isa ibn Hisham* asemejará más el haz o el envés de ésta²⁸. Al lector corresponde decidir.

Esta traducción ha podido ver la luz gracias a una generosa ayuda pública obtenida por los oficios de Luis Miguel Pérez Cañada, director de la Escuela de Traductores de Toledo, que ha debido hacer gala de no poca paciencia para sobrellevar con templanza mis múltiples falsos avisos de entrega, motivados por razones imperiosas, que no cabe aquí entrar a desgranar por lo menudo. Mi agradecimiento a su persona por esa paciencia y por otras delicadezas no es de los que se pueden explicar poniendo letras en fila india. Tanto él como el profesor Álvaro Abella han leído y releído el borrador de esta traducción y han hecho valiosas sugerencias y comentarios, que el lector agradecería infinito si hubiese podido tener acceso a mis errores, incoherencias y torpezas.

En una de las ensoñaciones a las que habitualmente me arrastra la duermevela propia del insomnio que me aqueja con la cada vez menos madura edad me pareció entrever, embutido en su fez y su altanero porte intelectual, al propio Muhammad al-Muwaylihi. Sin yo saber cómo, parecía informado de mi sudoroso esfuerzo por verter al español su mayor obra. Tras envolverme en una

²⁷ “Pero, con todo esto, me parece que el traducir de una lengua en otra, como no sea de las reinas de las lenguas, griega y latina, es como quien mira los tapices flamencos por el revés, que aunque se veen las figuras, son llenas de hilos que las escurecen y no se veen con la lisura y tez de la haz; y el traducir de lenguas fáciles ni arguye ingenio ni elocución, como no le arguye el que traslada ni el que copia un papel de otro papel. Y no por esto quiero inferir que no sea loable este ejercicio de traducir, porque en otras cosas peores se podría ocupar el hombre y que menos provecho le trujesen” (Don Quijote, LXII).

²⁸ Lo que sí es claro es que este intento de verter la belleza y la gracia del texto árabe ha constituido lo que los anglosajones denominan una *sobering experience*, aquello que hace a las personas dolorosamente conscientes de las propias limitaciones, y también, añadiría, de la implacable demolición sináptica y neuronal que deja tras de sí ese silencioso martillo neumático comúnmente apodado el Tiempo. “Quien hace lo que puede no está obligado a más”, dicen quienes se consuelan fácilmente; y entre ellos, quien esto escribe, ¡ay!, empieza a contarse, y mal que le pesa.

compasiva mirada longitudinal y ectoplasmática, creí escuchar cómo me musitaba, en un árabe entrecortado por su tartamudeo congénito, este conocido verso de Al-Maarri, que yo había leído muchas veces, sin entenderlo del todo hasta aquella noche:

وقلتِ الشمسُ بالبيداءِ تبرُّ ومثلُك من تحيّل ثم خالا

*Dijiste: el sol sobre los baldíos es oro molido, y eras
como quien fabrica quimeras y las cree a pies juntillas²⁹.*

Me dije absurdamente: “¡Qué bien me conoce este Al-Muwaylihi!”, y, mientras la visión se desvanecía, seguí despierto, atento al desperezarse de muebles y cosas al socaire de la noche insomne.

Ginebra, marzo de 2017

²⁹ *Siqṭ al-zand*, [La chispa del eslabón], de Abū al-‘Alā’ al Ma‘arrī, Dār Bayrūt, 1980, pág. 47 et ss. Puede leerse la casida completa en la reciente versión de Salvador Peña, *Chispa de encendedor*, Editorial Verbum, Madrid, 2016, págs. 96-101.

Bibliografía y fuentes

a) Ediciones y traducciones de la obra consultadas al elaborar la presente versión:

- al-Muwayliḥī, Ibrāhīm, *Al-mu'allafāt al-kāmilah*, al-mağlis al-a'lā li-l-kitāb, El Cairo, 2007.
- al-Muwayliḥī, Muḥammad, *Al-mu'allafāt al-kāmilah*, al-mağlis al-a'lā li-l-kitāb, El Cairo, 2002 [Mis esfuerzos por conseguir un ejemplar han sido infructuosos, como sucede con muchos libros de la Egyptian Book Organization]
- al-Muwayliḥī, Ibrāhīm, *Mā hunālik*, Maṭba' al-Muqaṭṭam, El Cairo, 1896.
- al-Muwayliḥī, Ibrāhīm, *Spies, scandals and sultans. Istanbul in the twilight of the Ottoman Empire*, Trad. de *Mā hunālik* por R. Allen. New York, 2008
- al-Muwayliḥī, Muḥammad, *Ḥadīṭ 'Īsā Ibn Hišām aw fātra min al-zaman, li-munšī'ihī Muḥammad al-Muwayliḥī*, al-ṭaba' al-ṭāniyya, Maṭba'at al-Azhariyya, El Cairo, 1330 H (1912). [Las ediciones en forma de libro son de 1907, 1912, 1923, 1927, 1935, 1943, 1947, 1959 y 1964; sólo se han utilizado la 2ª y la 4ª edición; existe una nueva edición, impresa en El Cairo por la *Mu'sasat al-Hindāwī li-l-ta'lim wa-l-taqāfa*, 2012, que incorpora los dos viajes, y que no parece ser más que una nueva impresión de la versión íntegra editada en la Colección Suzanne Mubarak].
- al-Muwayliḥī, Muḥammad, *Ḥadīṭ 'Īsā Ibn Hišām aw fātra min al-zaman, li-munšī'ihī Muḥammad al-Muwayliḥī*, al-ṭaba' al-rābi'a ma' al-riḥla al-ṭāniyya, Maṭba'at Miṣr, El Cairo, sin fecha (1927).
- al-Muwayliḥī, Muḥammad, *Ḥadīṭ 'Īsā Ibn Hišām*, Maktabat al-usrah, Mahrağān al-qirā'at li-l-ğamī', al-hay'a al-miṣriyya al-ʿamma li-l-kitāb, El Cairo, 1996.
- al-Muwayliḥī, Muḥammad, *Ce que nous conta 'Īsā Ibn Hichām*. Chronique satirique d'une Egypte fin de siècle. Traduit par Randa Sabry. Collection Le Simoun, Editions du Jasmin, Clichy (?), 2005.
- al-Muwayliḥī, Muḥammad, *Trois Égyptiens à Paris*, Traduction de Randa Sabry, Collection Le Simoun, Editions du Jasmin, Clichy (?), 2008.
- al-Muwayliḥī, Muḥammad, *What 'Īsā ibn Hishām told us, or A period of time*, vols I y II, Edited and translated by Roger Allen, Library of Arabic Literature, New York University Press, New York & London, 2015 [Contiene una cuidadísima edición bilingüe de las entregas aparecidas originalmente en *Miṣbāh al-šarq* entre 1898 y 1903].
- Roger Allen, *A period of time. A study and translation of Hadith 'Īsa ibn Hisham by Muhammad al-Muwaylihi*, Ithaca Press, Reading, 1992.

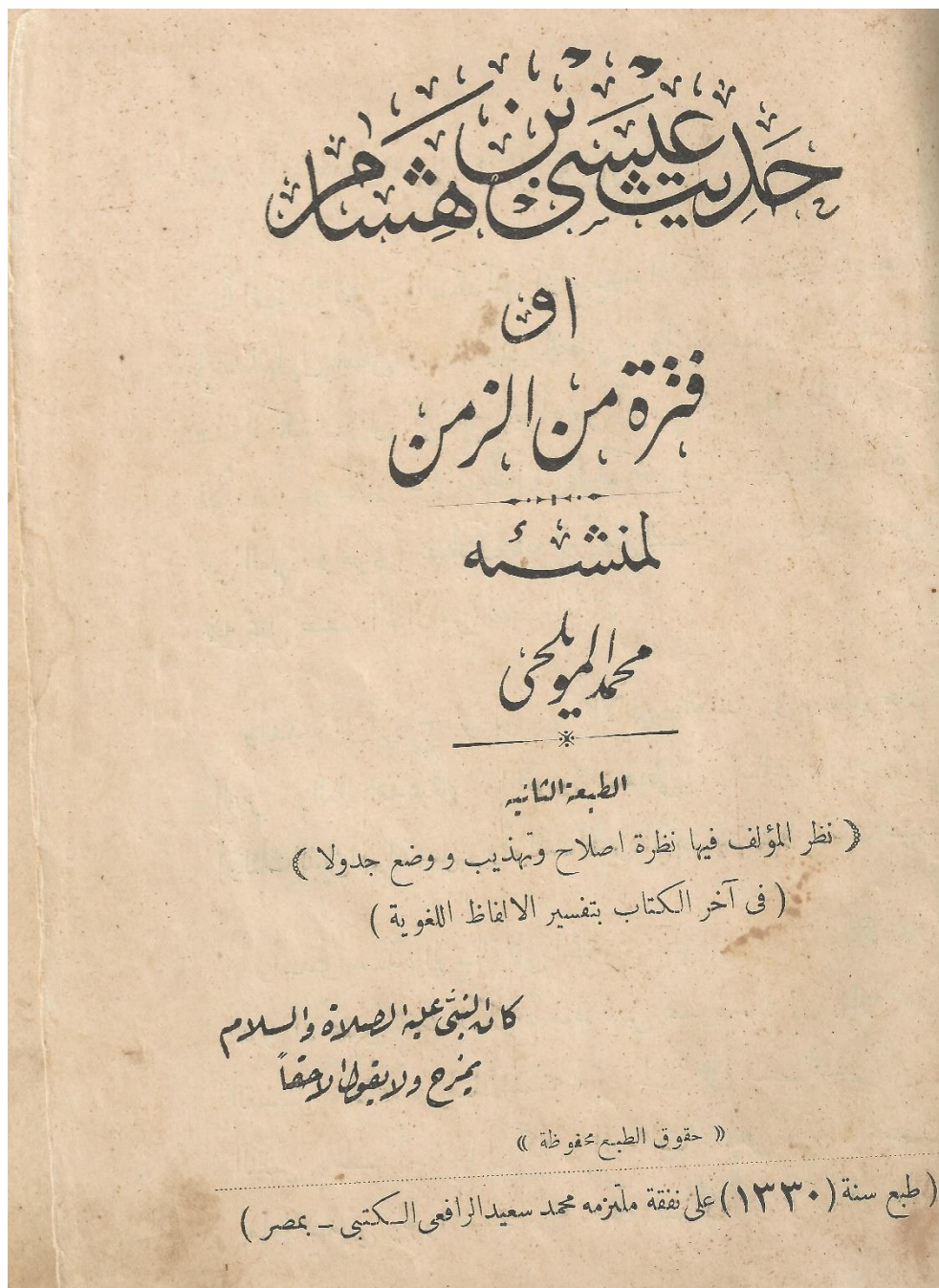
b) Estudios y ensayos sobre el autor, su obra y la época en general³⁰:

- “No translation is ever finished”: An interview with Roger Allen on translating al-Muwaylihi, Monday, September 14th, 2015, 3.00 pm. (consultado en internet, <http://www.libraryofarabicliterature.org/2015/no-translation-is-ever-finished-an-interview-with-roger-allen-on-translating-al-muwaylihi/>).
- Aḥmad, 'Abd al-Ilāh 'Abd al-Muṭallib, *Al-Muwayliḥī al-ṣağīr, ḥayātuhu wa-adabuhu*. Al-hay'a al-miṣriyya al-ʿamma li-l-kitāb, El Cairo, 1980.

³⁰ No se citan aquí las fuentes empleadas en las notas, pues ello alargaría en exceso esta relación.

- al-Ġabartī, ‘Abd al-Raḥmān Ibn Ḥasan, *‘Aġa’ib al-aṭār fī al-tarāġim wa-l-aḥbār*, Maktabat dār al-kutub al-miṣriyya, Vols. I a IV, El Cairo, 1997.
- Badr, Taha ‘Abd al-Muḥsin, *Taṭawwur al-riwāya al-‘arabiyya al-ḥadīṭa fī miṣra*, Dār al-ma‘ārif, El Cairo, 1963.
- Bencheneb, Saadeddine, *Edmond About et al-Muwayliḥī*, *Revue Africaine*, 88, págs. 270-273.
- Bencheneb, Saadeddine, *Études de Littérature Arabe Moderne ; I, Muhammad al-Muwayliḥī*, *Revue Africaine*, vol. 83, págs. 358-382 ; II (suite) vol. 84, págs. 77-92.
- Colvin, Auckland (Sir), *The making of Modern Egypt*. Seeley & Co. Ltd., London, 1906.
- Demolins, Edmond, *A quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons ?*, trad. De Fath Zaghlul, El Cairo, 1899
- Djaballah Boulahbel, Marie-Claire, *Entre journalisme et littérature feuillitonesque : La Naḥda selon Ibrahīm Al-Muwayliḥī et ses contemporains*. Vols. I et II. Atelier National de Reproduction des Thèses, Villeneuve d’Ascq, 2010.
- Djaballah Boulahbel, Marie-Claire, « Intertextualité coranique et biblique dans les maqāmāt des Muwayliḥī : Les voyages initiatiques et prophétiques de Mūsā ibn ‘Isām et de Īsā ibn Hiṣām », MIDEO, 29, págs. 97-119, París, 2012.
- Encyclopédie de l’Islam, “al-Muwayliḥī”, vol. VII, págs. 815-816.
- Hallaq, Boutros, & Toelle, Heidi, *Histoire de la littérature arabe moderne*, Tome I, et Tome II, Sindbad, Actes Sud, Aix-en-Provence, 2007.
- Hourani, Albert, *Arabic thought in the liberal age*, Oxford paperbacks, Oxford 1970.
- Killito, Abdelfattah, *Les Séances. Récits et codes culturels chez Hamadhani et Hariri*, Sindbad, París, 1983.
- McCoan, J.C., *Egypt as it is*, Dodd, Mead & Company, New York, sin fecha.
- Moosa, Matti, *The origins of Modern Arabic Fiction*, Three Continents Press, Washington DC 1983.
- Muḥammad al-Muwayliḥī wa *Ḥadīṭ ‘Īsā Ibn Hiṣām*, págs. *alifā kāf*. (interesante prólogo a una edición alejandrina del *Ḥadīṭ*, consultada en la Bibliotheca Alexandrina. Lamentablemente, olvidé fotocopiar la portada).
- Pérès, Henri, « Les origines d’un roman célèbre de la littérature arabe moderne : Hadith Isā ibn Hichām, de Muhammad al-Muwayliḥī », *Bulletin d’Etudes Orientales (I. F. de Damas)*, tome X, 1943-1944, Beyrouth, 1944, págs. 101-118.
- Salah Omri, Mohamed, *Local Narrative Form and Constructions of the Arabic Novel*, revista *Novel*, Spring 2008; vol. 41, 2/3 Proquest Central, pág. 244.
- Samah, Selim, “The Narrative Craft: realism and fiction in the Arabic canon”, *Edebiyat*, 2003, Vol. 14, Nj. 1 & 2, págs. 109-128.
- Sayfī, Ṭayyiba, & Haṣtamī, Bahzad, “Ḥadīṭ ‘Īsā Ibn Hiṣām bayna istilhām al-turāt wa-l-iḥtikāk bi-l-garb”. *Iḏā’āt naqdiyya*, Vol. 4, núm. 15, págs. 37-59, Teherán, 2014.
- Toelle, Heidi, & Zakharia, Katia, *À la découverte de la littérature arabe, du VI^e siècle à nos jours*. Coll. Champs, Flammarion, Paris, 2005.
- Vatikiotis, P.J., *The History of Egypt, from Muhammad Ali to Mubarak*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1985.
- Woltering, Robert, *Occidentalism in the Arab World: Ideology and images of the West in the Egyptian Media*, London, Tauris, 2011, págs. 54-61.

Portada de la segunda edición de *Lo que nos contó Isa ibn Hisham* (1912). Debajo de *Segunda edición*, una nota reza lo siguiente: “El autor examinó (esta edición) a los fines de corregirla y perfeccionarla, e incluyó al final de libro una lista explicando los términos menos comunes.”



﴿ قررت وزارة المعارف تدريس هذا الكتاب للمدارس الثانوية ﴾

حَارِيتُ عَلِيِّ بْنِ هِشَامٍ

أَوْ
فِتْرَةٌ مِنَ الزَّمَانِ

لمنشأة

محمد المويحي

﴿ الطبعة الرابعة مع الرحلة الثانية ﴾

كان النبي عليه الصلاة والسلام
بمصر ولا يقول إلا حقاً

« حقوق الطبع محفوظة »

(التزمت نشره مطبعة مصر)

مطبعة مصر شركة ستايجر مصر
٦٠٠٠/٢٧/٣٤٦٠

Portada de la cuarta edición (1927), que incluye el “segundo viaje”. Arriba del todo dice: “El Ministerio de Educación ha decidido que este libro se utilice como libro de texto en las escuelas de secundaria.”